

les encontraron, en igual alto grado, terreno fértilísimo para un rápido y brillante desenvolvimiento en la ciudad de El-Mansur y el rico país que la rodeaba; desenvolvimiento al cual vino aun á favorecer muy especialmente el cambio radical que el califato de los abasidas introdujo en la política exterior del imperio. Mientras los omniadas no se vieron entorpecidos por discordias intestinas prosiguieron sistemáticamente la política de conquista de los califas legítimos, y el mismo Hisham aprovechaba todo momento de calma para excitar al avance á sus lugartenientes en las provincias fronterizas. Mas con los abasidas se interrumpió esta política. Los persas, á pesar de su mezcla con la sangre árabe, no habían adquirido condiciones de pueblo verdaderamente guerrero; la fuerza de los sirios se había quebrantado en las últimas guerras civiles, y además á ningún abasida podía ocurrirle emplear tropas keisitas contra enemigos exteriores, á no ser en la misma Siria, donde veían sus propios hogares amenazados por los bizantinos. Por lo mismo, tan pronto como fueron recuperadas, aproximadamente en su anterior extensión, las provincias que se habían segregado durante la lucha con la dinastía derrocada,—en España ni siquiera se logró esto,—se desistió, fuera de casos raros y excepcionales, de la política de conquista, quedando paralizada la propagación del Islam, que solo dos siglos despues volvió á cobrar nuevo impulso con el belicoso pueblo turco. Si bien no escasean los choques con los pueblos vecinos al Este y al Norte, en lo principal la situación se normaliza lo bastante para poder establecer relaciones comerciales regulares así por mar como por tierra, mediante el tráfico de las caravanas. La China pudo ya enviar sus productos al través del Turquestan y el reino de los Cazares (1) asegurar el cambio de los suyos con los de los Búlgaros del Volga y por medio de estos últimos con los de los Rusos (2), comercio proseguido durante mas de dos siglos con grande animación, como lo atestiguan aun hoy los hallazgos, á menudo considerables, que casi anualmente se hacen de monedas abasidas, soterradas en Rusia y en las costas é islas del mar Báltico. Únicamente con el imperio bizantino no se lograba establecer relaciones amistosas, y el poco comercio que de cuando en cuando se hacía con aquellas comarcas se efectuaba por la vía de Armenia hácia Trebisonda. En cambio, todas las ciudades de las costas de Sicilia y despues de la Italia inferior que desde el Africa se iban conquistando, se convertían en puntos de exportación de los tejidos y otros artículos orientales, y con España misma, á pesar de su distancia, no tardó mucho en funcionar otra vez un activo comercio marítimo.

La importancia de tan extraordinario desarrollo del comercio y de la industria para la historia de todo el Oriente no quedó limitada, como se puede suponer, al aumento pasajero del bienestar general y de los ingresos del Estado. La elevación que éstos alcanzaron en tiempo de El-Mansur,—mas de 400 millones de dirhems, despues de rebajados todos los gastos de la administración provincial, entraban anualmente en el tesoro central,—no fué, por cierto, duradera, y á principios del siglo tercero (ix) los ingresos del Estado no importaban ya mas que unos 370 millones, treinta años despues 290, y el despilfarro de la corte, las exigencias de las tropas, las necesidades de las guerras intestinas, cada día mas frecuentes, muy pronto desequilibraron por completo la hacienda. Que en tales condiciones no se produjera una general decadencia económica, y que los estados parciales que poco á poco se segregaron del califato lograran, por el contrario, en muchos casos nueva y propia prosperidad, fué

(1) Véase Schiemann: *Rusia, Polonia y Livonia*.

(2) O sea, desde mediados del siglo ix, los Warengos ó Weringios; véase la ya citada obra de Schiemann.

debido precisa y principalmente á la rica producción industrial y al abundante y beneficioso comercio con el extranjero. Mientras que el califato decae rápidamente como estado militar, consérvase todavía en cierto modo como campo económico comun, hasta que la invasión de los mogoles devasta los pueblos del Islam y los cruzados proporcionan á los mercaderes de Génova, Pisa, Amalfi y luego Venecia lugares para aquellas colonias levantinas, por medio de las cuales el progresivo Occidente labra tambien en este terreno la ruina del Oriente, ya en completa decadencia.

Como se ve, el antiguo califato de los omniadas se había transformado en un Estado de nueva organización y de nueva vida. Pero aunque fueron grandes los cambios que acabamos de enumerar, en ninguno era tan marcada la diferencia como en la situación del príncipe colocado al frente del imperio respecto de los súbditos que estaba llamado á gobernar. Ya hemos visto cuán difícil era para los abasidas considerarse como soberanos populares. Su dinastía no era nacional ni para los árabes ni para los persas: era, pues, menester dar mayor realce al concepto de la autoridad personificada en el califa. Coincidió esta necesidad con la aspiración, representada por los barmecidas, á resucitar los antiguos principios de gobierno persas, y así no es maravilla que muy pronto el abasida se pareciera mas á un sasanida y hasta á un gran rey, ó rey de reyes, por el estilo de Darío ó Jerjes, que á los antiguos caudillos de árabes libres, carácter que aun los mas enérgicos omniadas procuraron afectar siempre. Consecuencia necesaria é inmediata del concepto persa de la divinidad del jefe del Estado, para hacer al soberano, salvo en raras ocasiones, inaccesible al pueblo en cuanto fuera dable, para aumentar el esplendor de su presencia y el brillo de su corte, y ante todo para las debidas relaciones con los súbditos, fué el nombramiento de un ministro intermedio que evitara al hijo de Dios el contacto con la muchedumbre.

El mismo Mansur era un hombre económico, pero sus sucesores dieron el ejemplo de aquel lujo que aun hoy calificamos de oriental y que, imitado por los grandes del imperio en cuanto les era permitido, llevó, á la par que muchos refinamientos de la civilización, la perversion de las costumbres y la degradación á las clases directoras, siendo sobre todo motivo para el mas escandaloso despilfarro de la hacienda del Estado. Pero mas trascendental aun fué la separación entre el príncipe y su pueblo con la transmisión del verdadero gobierno á manos del ministro de mayor categoría, que con el nombre de *Visir* (3) está inseparablemente asociado á la imagen que nos hemos formado de los califas de Bagdad, como en general de todos los soberanos del Oriente. Esta imagen es en realidad un fiel reflejo del concepto oriental, como aparece en cada capítulo de la literatura narrativa de historias y cuentos maravillosos, en las estereotipadas figuras del poderoso sultan y de su sagaz visir. Ciertamente que la sagacidad es la primera condición para poder desempeñar con éxito el difícil cargo de apartar todo lo molesto del camino de un hijo de Dios y mantener al hastiado en constante buen humor. El visir es omnipotente para con sus inferiores, pero un leve signo del poderoso que está por encima de él le precipita desde la altura de su po-

(3) La traducción mas literal de *Visir* es «apoderado» ó «encargado de negocios.» Este cargo es antiquísimo en la Persia; las expresiones que nos han sido transmitidas por los autores griegos, con aplicación á los personajes que estaban en la mas inmediata proximidad del soberano, «ojo» ó «oído del rey», demuestran con sobrada evidencia que ya entre los Aqueménidas era misión de los principales funcionarios de la corte mantener el sistemático apartamiento entre el príncipe y el pueblo.

testad en la cárcel, de la cual no sale las mas de las veces sino para subir las gradas del caldoso. El visir ha de ser un hábil funcionario, y mas que todo, un talento financiero de primer orden, á quien nunca se han de agotar los medios para satisfacer los caprichos del monarca y de sus favoritos, sin que al propio tiempo lleguen á ser oídas por el soberano las quejas de los súbditos contra las crecientes exacciones de los empleados del fisco; ha de ser, asimismo, un hombre de ingenio y agudeza, que sepa distraer al príncipe cuando está mal humorado. Ha de saber todo aquello acerca de lo cual pueda preguntarle el monarca, y tener para cada dificultad consejo inmediato, pero razonado y que no sea desagradable. Debe trabajar durante el día y pasar gran parte de la noche cantando, bailando, jugando y disrecreando con los que forman el círculo íntimo del príncipe, estando, sin embargo, constantemente en guardia contra las innumerables intrigas que en todas partes se urden contra él, entre oficiales y empleados, damas del harem y eunucos. Es evidéntísimo testimonio de los grandes talentos de la familia de los barmecidas el hecho de que sus individuos se mostraran á la altura de semejante cargo durante mas de cincuenta años casi sin interrupción. Pero no deja tampoco de tener sus peligros la posición del califa, ante cuyos caprichos tiembla el para otros tan poderoso visir (1). Terrible es la cólera del soberano para el infeliz que se desliza en el resbaladizo terreno de la corte; pero en secreto la perfidia de las mujeres prepara sutiles venenos y por otra parte la deslealtad de los funcionarios y jefes militares produce actos violentos que se llevan á cabo silenciosamente á favor de las sombras de la noche. Al día siguiente, entre hipócritas lamentaciones, se hacen los honores fúnebres al que el día anterior era califa, sin que el cadáver revele indicio alguno del asesinato, cometido con el mas horrible refinamiento y cuyo instigador, acaso el hermano ó hasta el propio hijo del muerto, toma entonces posesión del ensangrentado trono, para caer probablemente él mismo en breve plazo víctima de la venganza ó de la codicia de un rival. Entre el atemorizado pueblo, que apenas vió jamás en vida al difunto ni había estado unido á él por lazos de cariño y respeto, se esparcirán espantosos rumores, pero sin alzar la voz ni hacer demostración de ninguna clase. Añádanse á esto las contingencias de la desdichada forma de la monarquía electiva, el escándalo de prestar y retirar el pleito homenaje, segun las circunstancias, y parecerá casi milagroso que haya podido haber un solo abasida que no muriese violentamente.

Bajo ninguna otra forma como bajo la de despotismo depende todo tanto de las cualidades personales de determinados individuos. No era hombre El-Mansur que consintiera que se le sobrepusiese su visir, ni Jalid ni Yahya fueron tampoco asaz imprudentes para irritarle haciendo alardes de propia importancia, ni manifestando aspiraciones á representar otro papel sino el de inteligentes colaboradores de una voluntad superior, y ésta, por su parte, era de carácter demasiado elevado para buscar la satisfacción del poder fuera de las incesantes tareas del gobernante. Pero poco se asemejaron al poderoso Mansur los llamados á continuar su obra, y ya en tiempo de sus primeros sucesores se evidenció toda la maldad de la gente palaciega. Tras él ocupó el trono su hijo Mohammed, llamado *El-Mahdi* (158-169 = 775-785), á quien había hecho prestar ya homenaje en 147 (764), despues de obligar á Isa Ibn Muza á renunciar temporalmente á sus derechos, mediante la seguridad de que sucedería á Mohammed en el califato. El-Mahdi, aunque no tan

(1) En la obra de A. Ermann: *El Egipto y las costumbres egipcias en la antigüedad* (Tübinga, 1885, págs. 84 y siguientes), se halla la mas acabada descripción de una monarquía oriental.

incansable ni tan perspicaz como su padre, había aprendido de él algo del arte de gobernar. Por mas que apreciara á los barmecidas y les tuviera constantemente empleados en altos cargos, no nombró á ninguno de ellos visir, en cuyas funciones hizo alternar á varias personas, y en los primeros tiempos mantuvo un régimen enérgico, aunque de ningún modo cruel. Pero poco á poco le enredaron las intrigas del harem, y no fué bastante sagaz para penetrar los manejos de los que le rodeaban. La caída de su visir Abu Obeidallah, en el año 161 (778), fué obra de una burda intriga del camarero de palacio Rabi, el cual hasta su muerte (169 = 786) intervino constantemente en la alta política, y el honrado Ya'akub Ibn Da'ud, que gozó por bastante tiempo de la particular confianza del monarca, tuvo que abandonar su cargo (166 = 782-783), ya porque hiciera algunas observaciones al califa acerca de su prodigalidad, ya porque se mostrara mas compasivo de lo que parecia conveniente hácia un pobre alida. Estas observaciones eran, en verdad, muy justificadas; con El-Mahdi empezó el despilfarro de las rentas del Estado en un lujo refinado y á veces verdaderamente desatentado, que llegó á su colmo en tiempo de Harun y contribuyó mas que todo al rápido desbarajuste de la hacienda.

Al entrar en los cuarenta años El-Mahdi, que cada día se abandonaba mas á los goces sensuales, perdiendo en ello hasta la propia voluntad, estaba casi por completo dominado por su esposa Jeisuran, esclava á la cual había manumitido y con la que se casó poco despues de su subida al trono, en el año 159 (775-776). De ella tuvo sus dos hijos, Muza y Harun; hizo prestar homenaje desde luego á Muza como príncipe heredero, bajo el nombre de *El-Hadi* (el guía), despues de haber obligado á nuevo desistimiento al perpétuo candidato al trono Joa (Safar 160 = noviembre-diciembre de 776) (2), y en el año 166 (782) fué reconocido Harun como sucesor futuro de Hadi, dándole el sobrenombre de *Er-Raschid* (el que va por el camino recto). Mas Jeisuran prefería á su hijo menor Harun, y como éste era hermano de leche de Fadl, hijo del barmecida Yahya, tambien le apoyaba esta familia poderosa. Bajo la presión de estas influencias, El-Mahdi fué retirando gradualmente su cariño á Hadi, decidiendo por último, en el año 168 (785), despojarle de la sucesión al trono en favor de Harun. Hadi, á la sazón ausente en campaña en Gozgan, contestó con una rotunda negativa al mensaje de su padre en que le exigía su conformidad; y cuando El-Mahdi emprendió el viaje para entenderse de viva voz con el hijo desobediente, falleció en el camino, cerca de Masebhedan, en la comarca de Holwan, en la Media, de muerte repentina segun algunos, otros dicen que de un accidente de caza, y otros que envenenado por una esclava celosa, equivocadamente, en vez de la rival de ésta (22 Moharram 169 = 4 de agosto de 785). Que no se aprovechara esta vez ocasión tan á propósito para una guerra fratricida lo debió el imperio al barmecida Yahya. El-Mahdi le había nombrado (161 = 778) secretario, ó sea ay de Harun, que entonces tenía 12 años de edad (3), en

(2) Joa murió á fines del año 167 (784); era un verdadero abasida, y apenas merecedor de ser compadecido por los muchos desengaños que sufrió.

(3) No es del todo seguro que el nacimiento de Harun se efectuara á principios de 149 (766). Tabari, - III, págs. 599 y 739, - indica repetidas veces el año 145, y dice que 149 «solo corresponde á las pretensiones de los barmecidas,» los cuales segun esto habrían inventado la historia de la fraternidad de leche de Fadl, nacido á fines de 148 (765), para dar mayor realce á la importancia de la familia. Pero como la ruina de los barmecidas acaeció en 187 (803), esto es, en una época en que todavía debían de existir muchas personas conocedoras de la verdad de este asunto, apenas había lugar para semejante invención. Como por otra parte la costumbre de Harun, - generalmente atestiguada, - de

cuyo nombre gobernaba desde 163 (780) la mitad occidental del imperio, esto es, el Aderbidyan, la Armenia, la Siria y el Africa. Yahya, como persa que era, no podía pensar en apoyarse en las fuerzas de estas provincias para oponer su discípulo á Hadi: habría sido demasiado fácil que de este modo reconquistaran los árabes la perdida preponderancia. Aconsejó, pues, el prudente ministro á su príncipe que no se resistiese á prestar homenaje á su hermano; Harun era aun muy jóven, y nadie podía decir si Hadi viviría mucho tiempo. Acerca del carácter de este último solo tenemos las noticias que nos dan los historiadores posteriores, idólatras de Harun, y que por lo mismo no pueden ser considerados como imparciales; lo que sabemos de él por sus actos le es mas bien favorable.

Los historiadores citados le achacan que solo se cuidaba de su harem, pero mal se aviene esto con la energía con que se opuso á las pretensiones manifestadas por Jeisuran de mezclarse en los asuntos del gobierno, segun la costumbre que habia tomado durante los últimos años de El-Mahdi. Prohibióle terminantemente que se dejara ver fuera del harem y que tuviera relaciones directas con los jefes militares y altos empleados; en una palabra, demostró muy á las claras que no estaba dispuesto á sufrir tutelas. Como se puede suponer, Jeisuran se puso furiosa, y dícese que el desacuerdo entre la madre y el hijo llegó hasta el punto que Hadi, «Neron árabe,» (1) concibió la idea de mandar envenenar á su madre y matar á Harun. Difícil seria averiguar con seguridad lo que hay de cierto en semejante acusacion. Lo único positivo es que Hadi pretendia, como era cosa corriente en la familia, despojar de la sucesion al trono á su hermano en beneficio de su propio hijo Scha'afar, para lo cual habia adoptado ya algunas medidas; que el barmecida Yahya, como era de esperar en tales circunstancias, cayó en desgracia y fué encarcelado; que en la noche del 10 (2) de Rabí I del año 170 (14-15 de setiembre de 786), segun la tradicion mas general (3), fué ahogado el califa en su lecho por esclavos de su madre; que Jeisuran, tan pronto como sobrevino la muerte, fué en persona á dar aviso de ella á Yahya, y por último, que aquella misma noche un oficial superior hizo levantar á Scha'afar de la cama para obligarle con amenazas de muerte á reconocer en el acto á Harun, resolucio palaciega de tal género que cuando aun no habian transcurrido cincuenta años desde la fundacion de la dinastía presagiaba mucho para lo futuro. Ciertamente quedo garantida la continuidad del gobierno, pero los barmecidas eran los que la representaban, no la misma casa reinante. Harun (170-193 =

dar á Yahya el tratamiento de «padre,» tiene su mas fácil explicacion en el hecho de ser Fadl su hermano de leche, y como por último el mismo Tabari atribuye, sin mas observaciones, en ambos pasajes, 21 ó 22 años de edad á Harun cuando ascendió al trono (170=786), parece deber aceptarse el año 149 como el de su nacimiento. Los datos acerca de la edad que tenia Harun á su muerte (193=809), no pueden aclarar tampoco este punto, pues que varian tambien entre 45 y 47 años.

(1) Von Kremer: *Historia de la civilizacion del Oriente en tiempo de los califas*, II, pág. 62. No se puede negar que los datos apuntados en el texto tienen, como dice Kremer, «interna verosimilitud;» debo, sin embargo, observar que Harthama Ibn A'ayan, el que aparece como garante de estas noticias, era uno de los generales mas capaces y adictos de Harun-el-Raschid, y que por lo mismo su testimonio no está libre de recusacion. Si estuve en lo cierto al considerar como auténtica la anécdota referida en una nota anterior, parece inverosímil la participacion de Harthama en todo este asunto.

(2) Citase vulgarmente el 14 ó el 15, pero como por lo general se designa el viernes como día de semana, se ha preferido con razon el 16, cuya noche corresponde á la del 14 al 15 de setiembre de 786.

(3) Pretenden algunos que falleció despues de una enfermedad de tres dias; esto no excluye que fuera asesinado mientras guardaba cama á causa de una indisposicion poco grave de suyo.

786-809) tenia de veintidós años de edad cuando ascendió al trono; acostumbrado á dejar obrar por él á su madre y á su «padre» Yahya y debiendo, además, á ambos la soberanía, se comprende perfectamente que siguiera entregado á ellos. Jeisuran falleció ya en 173 (789), pero Yahya y sus hijos, sobre todo Fadl, el hermano de leche, y Scha'afar, el amigo y muy pronto el declarado favorito del califa, lograron entonces el colmo del poder. Así, en el año 178 (794) El-Raschid delegó formalmente en Yahya la direccion de todos los negocios, y Fald, nombrado en 176 (792) lugarteniente general en la Armenia, el Aderbidyan, la Media y las provincias caspias, obtuvo tambien en 178 (794) la lugartenencia del Corasan, mientras que Scha'afar, con excepcion de algunas misiones ocasionales, permanecia constantemente cerca de su real amigo, que no podia prescindir de la sociedad del amable y decididor jóven.

Eran los comienzos del año 187 (803). El califa Harun acababa de regresar de la peregrinacion á la Meca, y, como de costumbre, habia ido á habitar lejos de Bagdad, que le era insoportable á causa de su ruido y de su humo, en un palacio cerca de Ambar, á orillas del Eufates. Desde algunos dias parecia aquejado de algun padecimiento ó entregado á grave meditacion, y su médico, el cristiano sirio Gabriel, estaba con cuidado no viéndole comer ni beber. Habíase enviado un correo al prefecto de policía de Bagdad para que se presentase en la real residencia. «Si el boton de mi camisa,—le dijo El-Raschid,—supiese por qué te he mandado venir, le arrojaría al Eufates.» Poco despues este funcionario regresaba á toda prisa á Bagdad, encargado de una mision secreta. Entre los cortesanos reinaba cierto malestar, pero nadie presentia lo que iba á suceder. Hacía ya algun tiempo que se susurraba que no iban muy bien las cosas respecto de los barmecidas; el califa habia dado señales de mal humor porque Yahya en sus relaciones con él mostraba, como el mismo Harun le habia acostumbrado á ello, mayor intimidad que respeto, y mas de uno llegó casi á sospechar que al soberano, que tenia entonces cerca de cuarenta años, le pesaba ya la tutela de su paternal visir. Pero Scha'afar, que seguía como siempre al lado del monarca, era vivo testimonio de lo contrario: mas que nunca gozaba á la sazón del real favor, y la advertencia que un amigo le habia hecho recientemente de que era una imprudencia mandarse construir á la propia vista del soberano un palacio que costaba 20 millones de dirhems, en ninguna ocasion podia parecer mas inoportuna que en aquellos precisos momentos. El viernes, penúltimo día del mes de Moharram (27 de enero de 803), salió el califa de caza á caballo con su favorito; juntos regresaron de ella, y con un cariñoso abrazo se despidió el califa de Scha'afar para ir á pasar la velada solo con sus mujeres. El médico Gabriel recibió encargo de acompañar al barmecida á su morada para prestarle agradable sociedad. Pero, por mas que se agotaron las copas unas tras otras, faltó la alegría. «Anda con cuidado,—dijo Scha'afar á su convidado,—el príncipe de los creyentes nada ha comido; mucho temo que le amague una enfermedad.» Al banquete asistía Abu Saklar, afamado trovador ciego, para sazonar las libaciones con sus cantares; mas el displicente huésped solo se hacia recitar una y otra vez los melancólicos versos: «Desde que los hijos de Mundir (4) fenecieron en el lugar en que el monje edifica las iglesias de los cristianos (5), ya no les teme ningun medroso, ni pretendiente alguno espera nada de ellos,» y así pasaron las horas, hasta que llegó la de la oracion de la noche. Presentáronse entonces de improviso Mesrur, jefe de los eunucos, y el ayudante de Harthama,

(4) Los reyes de Hira.

(5) Hira, habitada en su mayor parte por cristianos.

comandante de la guardia personal del califa. «¡Levántate, bribon!» gritó Mesrur á Scha'afar, y el médico horrorizado vió cómo arrastraban de allí, cual á vulgar delincuente, al que un momento antes era todavía el poderoso favorito del monarca. Media hora despues Harun mandaba llamar á Gabriel. El califa tenia delante de sí una fuente con la cabeza de Scha'afar. «¿No me preguntabas,—le dijo,—por el motivo de mi repugnancia á comer y beber? Pues bien, el pensamiento de lo que ves aquí era la causa de ella; ahora me siento como un convaleciente. ¡Dí que me traigan de comer!» Entretanto el prefecto de policía de la capital habia ocupado las habitaciones de los barmecidas; enviáronse mensajeros á las provincias para que fueran reducidos á prision todos sus deudos y agentes, y embargados sus bienes. Personalmente no se les trató con dureza, dadas las costumbres de la época; Yahya y sus hijos tuvieron un encierro bastante benigno, y solo algun tiempo despues les fué impuesta mayor severidad durante un nuevo período de sospechas; fuera de Scha'afar no se condenó á muerte á ninguno mas.

La imprevista ruina de la primera familia del imperio causó en todas partes honda sensacion; las diversas suposiciones acerca del verdadero motivo de su caída, tales como corrieron entonces de boca en boca y nos han sido transmitidas en versiones distintas, prueban el interés que excitó este suceso así en los contemporáneos como en los posteriores. Dos son los pareceres que lo mismo entonces que hoy están en pugna. Uno de ellos atribuye á una cuestion de mujeres la desgracia de Scha'afar. Harun tenia una hermana, llamada Abasa, y le profesaba tal cariño, segun refieren, que no podia prescindir de su sociedad. Por otra parte, no le era menos grata la de Scha'afar en sus veladas; pero no era posible tener á ambos juntos á su lado, porque las reglas del harem, cada día mas severas, no consentian que la hermana del califa se descubriese la cara en presencia de un extraño. No habia mas que un recurso, el casamiento de Scha'afar con Abasa; y, á fin de garantir la necesaria separacion de la familia soberana de la de los barmecidas, ya demasiado poderosa, el matrimonio solo debia tener las formas exteriores de tal. Mas con el tiempo lo fué tambien de hecho: de él nacieron dos hijos varones, y por mas que fueron educados con el mayor sigilo lejos de la corte, no faltó quien delatara su existencia al califa, y éste decidió la muerte del privado. Tiene mas partidarios, sin embargo, la otra version, que funda la causa de la caída de los barmecidas en el sentimiento que con la mayor edad del monarca se fué desarrollando en él, lenta pero constantemente, de molesta dependencia de tan altanera familia; cuyos individuos, afectando las mas obsequiosas formas, solo le dejaban la apariencia de la soberanía y habian sabido apropiarse el poder efectivo. Dada la justificada desconfianza que deben inspirar las anécdotas históricas, deberíamos decidimos desde luego y exclusivamente por este último parecer si no resultase del conjunto de los hechos que Harun debió de tener algun motivo de rencor personal contra Scha'afar. A no haber tenido mas propósito que el de aniquilar la preponderante influencia de los barmecidas en el imperio, Yahya habria sido la víctima principal: en su gabinete reunia todos los hilos de la administracion, él era verdadero regente del Estado, y no Scha'afar, el cual solo se ocupaba incidentalmente en negocios públicos cuando se le confiaban misiones especiales. Sea de esto lo que fuere, y por mas que excite nuestra indignacion la perfidia del abasida, que hiere á su víctima en el mismo momento en que la halaga con hipócritas demostraciones de cariño, no podemos desconocer, por otra parte, que en realidad la posicion que ocupaba la poderosa familia de ministros para con el monarca no era

ya compatible con el propio ejercicio de la soberanía por este último, y que debia parecerle tanto mas intolerable cuanto que repetidos descalabros de los barmecidas en el transcurso de los años 180-186 (796-802), así en la política exterior como en la interior, habian quitado á sus servicios mucho de su antiguo prestigio. Mereceria, pues, toda alabanza la benignidad casi incomprensible para un nieto de Mansur que se satisfizo con el derrocamiento de la familia que se habia elevado á demasiada altura, sin aniquilarla por completo, si el califa hubiese sido de temple para ejercer con prudencia y energía el poder absoluto que habia logrado conquistar.

Mas no era así, por desgracia. Diríase que todo el vigor de la casa abasida se habia agotado por mucho tiempo en la persona del temible Mansur. Solo el hijo del Raschid, Ma'amun, dió pruebas de poseer algunas de las cualidades que eran indispensables en el monarca de tan vastos estados, y hasta cien años despues de su muerte no llegó á tener el fundador de la dinastía un sucesor verdaderamente digno de él. La maldicion del despotismo,—que condena á los déspotas en las alturas de su ilimitado poder á ser presa del vértigo que les hace olvidar toda mesura y todo propio enfrenamiento, precipitándoles ora en el abismo de furiosa tiranía, ora en el cenagal de enervadora sensualidad,—se cumplió abundantemente en los descendientes de Abbas (1). No debemos echar en olvido, sin embargo, que la costumbre de imponer los mas atroces castigos, costumbre que excita nuestro horror aun en los mejores de los abasidas, solo en parte se les puede achacar á ellos, siendo debida la otra parte á la influencia persa, que por desgracia aun hoy predomina en este punto en el Oriente (2). Con todo, semejantes actos de bárbara inhumanidad fueron menos perjudiciales para el bien del Estado en general que la vergonzosa indolencia y repugnancia al trabajo engendrada por la vida del harem y los excesos de todo género de placeres. Ya éstos habian agotado muy pronto el vigor de El-Mahdi, y la falta de Harun consistió precisamente en haber derrocado á los barmecidas sin poseer él ni la energía ni el talento político indispensables para continuar el método de gobierno de estos. La única medida de importancia adoptada por él, ciertamente ya en 187 (803), pero, segun toda probabilidad, por su propio impulso, fué la repeticion de la falta cometida por El-Mahdi: suscitar la rivalidad de dos hijos, ambos igualmente capaces para sucederle; y cuando murió, faltaron los barmecidas para desviar otra vez las fatales consecuencias. Tan solo porque la época de Harun desplegó, gracias al mérito de éstos, así en el interior como en el exterior una brillantez que, á causa del súbito contraste del período subsiguiente, se ha grabado indeleblemente en la memoria de

(1) No quisiera ir tan lejos como Kremer (*Historia de la civilizacion del Oriente*, II, pág. 61) y atribuir ya á los primeros abasidas una excitacion nerviosa hereditaria, una especie de demencia de Césares. Ciertamente semejante afecion puede desaparecer con la mezcla posterior de nueva sangre, no produciendo ya la rápida extincion de la familia que la hereda, pero en todo caso no existia ni en Saffah ni en El-Mansur, ni tampoco fueron peores que éstos sus sucesores. Por otra parte, debemos ser muy cautos en la apreciacion de anécdotas que revelan indicios de fenómenos morbosos; la comparacion, que nos facilitan los historiadores árabes de uno y otro campo, de dos relatos de distinta procedencia sobre el mismo suceso, nos demuestra la incertidumbre que impera en los detalles, sobre todo en las propias palabras de los testigos oculares que se nos presentan.

(2) Véase Justi: *Historia de la antigua Persia* (núm. 1 de esta coleccion). Cuánto influyó tan terrible tradicion en la época á que nos referimos aquí, lo prueba la forma de las ejecuciones capitales tratada en el *Journal asiatique*, IV serie, tomo III, pág. 127, y de que ya nos habla en tiempo de los sasanidas el libro de Ardaí Wizaf (Justi, II, páginas 233 y 234).